

El sujeto histórico: Un reto del maestro pedagogo

Álvaro Hernández Acevedo

Licenciado en Filosofía
Universidad Santo Tomás
Seccional Tunja
Colombia

Resumen:

La pedagogía, a lo largo de la historia, ha experimentado momentos de crisis por la emergencia de nuevas concepciones del hombre, de la sociedad y por ende, de las formas de comprender el acto educativo. En este artículo se pretende hacer una breve presentación de las pedagogías disciplinarias, correctivas y psicológicas haciendo énfasis en el concepto de saber pedagógico que subyace en cada una de ellas, los distintos modelos de práctica pedagógica que se generaron en cada tipología, y la autocomprensión del maestro tanto en su papel como en su experiencia vital, de cara a la transformación del ser humano en una sociedad que busca su humanización.

Palabras claves:

Pedagogía, saber pedagógico, modelos correctivos, psicológicos y disciplinarios.

Introducción

En el momento en que el ser humano se encuentra ante el otro, inmediatamente puede haber un acto educativo, si hay una mediación pedagógica, es decir, si existe una acción que evidencie una interacción entre la ciencia y la práctica (Saldarriaga, 2010), con miras a la transformación de «toda» la vida del ser humano. En este proceso de reflexión del mismo acto educativo, aparecen unas variables son necesarias tenerlas en cuenta toda vez que evidencian la situación, posición y comprensión de ese ser histórico. En ese

ejercicio de análisis del sujeto y su mundo vital, se une a una diferenciación histórica, de los presupuestos epistemológicos del saber pedagógico en los que se posiciona, y por principio de participación, la interpretación, personal y social, del papel del maestro. Estas breves reflexiones intentan alcanzar una descripción de las etapas que han venido emergiendo hasta lo que conocemos como Escuela Nueva, y de la relación saber, práctica y subjetividad del maestro.

En estas pretensiones, las ciencias y las disciplinas de la educación se enfrentan ante unas tensiones en las que su objeto de estudio se halla en emergencia, en cuanto «crisis», puesto que la explosión de ciencias con sus profesionales, imparte un conocimiento de manera instructorista y no educativa, como lo afirma Saldarriaga, no conduce al hombre a la adquisición de todos sus fines (2010). Es decir, ese saber pedagógico, en el momento actual, se halla en estado de sospecha, ya que la pedagogía, en esta sociedad de la información y del conocimiento, en términos de producción y eficiencia, pierde su objetivo, pues se pretende hacer evidente que no son necesarios los pedagogos, sino profesionales expertos en los saberes específicos, porque la visión de totalidad es responsabilidad del estudiante. Así, el maestro se convierte, se posiciona y se concibe casi que como un funcionario del sistema educativo, aunque se le siga imponiendo la misión de ser formador de cultura, humanismo y sociedad, unida al arsenal de trabajo administrativo de la empresa educativa que busca la calidad acreditada. Para llegar a este estado de arte del acto educativo y sus circunstancias, es menester recorrer unas etapas en que se ha venido analizando este proceso del acto educativo.

La Paideia y la conquista de sí

El acto educativo, en la época antigua se entiende como la expresión de la relación entre lo que los griegos llamaron *paideia*, es decir, el encuentro de la filosofía, la “psicagogia” (Noguera, 2012) y la circunstancia histórica. La relación maestro y estudiante se entendía en términos de transformar la realidad ecológica y humana, en la que el maestro era la guía, el estudiante es el discípulo que hereda el conocimiento, y el saber pedagógico, es la repetición de las enseñanzas del maestro que buscan la raíz de las cosas para modificar el ambiente vital. Ante esta visión, Foucault afirma que la filosofía griega nace de la crisis de la pedagogía en cuanto que no le ofreció la seguridad del paso de la adolescencia a la vida adulta para ocuparse de sí mismo (Nogue-

ra, 2012). Entonces, la pedagogía se comprende como el ejercicio en el que los hombres asumen un conocimiento teniendo en cuenta las mediaciones guiadas y dadas, en la mayoría de los casos por el maestro, con el ánimo de transformarse a sí mismo y a la realidad.

Todas las épocas históricas han sido testigos de esta tensión entre la identidad del estudiante, del maestro y la circunstancia histórica de la realidad. En la antigüedad, el maestro era considerado como el que lleva al estudiante al conocimiento a través de la enseñanza en un contexto de Ciudad-Estado donde el ciudadano, por tanto, libre, es quien hace parte activa en la vida política y del destino de esa ciudad. En estas circunstancias históricas, el sujeto se veía inmerso en la imperiosa necesidad de asumir el método y el manual del maestro, quien le brindaba las metas más sublimes para estar en sociedad por medio de la ciencia y de las artes, de tal forma que se conciba como un ser libre y ciudadano (Saldarriaga, 2010).

La época antigua de la historia era entendida como el constante desarrollo de eventos en que la vida humana era un diálogo con su entorno. Este contexto fue el que permitió al sujeto, conquistar la libertad y, todo acto educativo debía cumplir esta misión. En el caso de la historia moderna, se diferenció el cuidado de sí por el conocimiento de sí, en la medida que no hay necesidad de transformarse para llegar a la verdad. Hadot afirma que “el cambio se dio en la edad media cuando la filosofía se hizo sirvienta de la teología y la religión asumió el papel de rectora de la conducta” (citado por Noguera, 2012, p.45). Para Noguera, surgió con el cristianismo primitivo con Clemente de Alejandría cuando distinguió entre el pedagogo y el maestro. El primero guía en el modo de vida del cristiano como cura del alma, y así es que irá adquiriendo el conocimiento a través de la enseñanza por el segundo (Noguera, 2012).

El caso de los Sofistas es bien importante para comprender el saber pedagógico partiendo que éstos asumían que todos podrían alcanzar la virtud a través de la enseñanza, hecho que se asumía como de derecho exclusivo para la Aristocracia, para los libres ciudadanos (Noguera, 2012). El acto educativo, entonces, se da mediante la enseñanza del maestro por el adoctrinamiento y el ejercicio (Noguera, 2012). Sócrates no creía en la posibilidad de la enseñanza de la virtud, pues la transformación del alma sólo es resultado del propio cuidado del alma, es decir, cada persona en el cuidado de sí mismo, encuentra su forma de transformarse plenamente.

La disciplina que adoctrina

Para la Edad Media, la Tradición es el elemento fundamental para comprender el saber pedagógico, puesto que la enseñanza estaba basada en la transmisión de los datos bíblicos, teológicos y eclesiásticos, por lo cual religión y educación se convirtieron en fundamentos de cohesión social y de integración de la persona. Más adelante, gracias al pensamiento hermenéutico, se entenderá que esta categoría al unirla con la proyección, se constituye en el contexto en que todo modelo y perspectiva pedagógica se desenvuelve para concebir la educación.

En la época medieval, la técnica estaba basada en la doctrina y en la disciplina, ya que se debía presentar las cosas para darlas a conocer, bien sensorial o inteligiblemente, para que el otro las aprenda desde su propia capacidad, por su propio entendimiento como agente que conceptualiza (Noguera, 2012). En este sentido, la participación del maestro es de guía que conduce al estudiante para perfeccionarlo; se entiende al sujeto como un ser educable, pues le permite que sea posible llevarlo a la perfección en todas sus dimensiones, afectivo, social, político, económico. El hombre debe llegar a esta finalidad mediante la conducción por un agente externo y se promueve para seguir avanzando, en vista que su intencionalidad de querer conocer es la base para adquirir el conocimiento, incentivándolo mediante los símbolos que se le presentan al estudiante.

En este contexto, saber se entiende como reflexión de la doctrina que fundamenta una moral que cohesiona una sociedad hasta configurar una cultura, la cristiandad, lo que evidencia la labor pedagógica de la jerarquía eclesiástica que enseñaban en sus parroquias o en las escuelas (*Scholae*) de los monasterios dedicados a los hijos de la nobleza o para la preparación de aquellos que tendrán un futuro episcopal. La práctica pedagógica girará en torno a la reflexión dialéctica de la teología donde el maestro (*magister; el que más sabe*) hacía lectura de sus reflexiones y discusiones originadas en las diferentes agremiaciones de intelectuales del momento. La identidad y subjetividad del maestro bien podrían definirse como la autoridad (*auctoritas*) intelectual y moral que hace del estudiante un discípulo que transmite leal y fielmente la doctrina cristiana.

La modernidad en proyecto y producto

En la época moderna se conocen unas nuevas formas de concebir las categorías espacio y tiempo, tema trabajado por Julia Valera (1992), en la que el hombre ha ido definiendo sus formas de ver el mundo, lo que implica su forma de interactuar consigo mismo, con el otro y con el mundo. El acto educativo se vio influenciado por el proceso de individuación, pues la nueva concepción del hombre consistió que su racionalidad lo individualizó, la división del trabajo lo ubicó dentro de una clase social, emergente de por sí; el aumento de la densidad de población en las ciudades lo enmarcó como uno más dentro de la masa que debe producir y así mismo consumir para que tenga sentido en su experiencia vital; la acumulación de capital y del derecho de propiedad privada lo consagró como un ser libre y ciudadano, aunque sólo si puede producir (más adelante, el sistema actual, le enseñará que sólo existirá si consume); y el surgimiento de la ética protestante en el que la bendición divina radica en la obtención de progreso económico que lo obligó a responder ante nuevas necesidades físicas, morales y teológicas.

Estas circunstancias históricas van a influenciar el proceso pedagógico puesto que buscan la formación de un ser dedicado a la producción y a la pertenencia a una sociedad, ejerciendo estrategias de cohesión social, estableciendo una dicotomía entre el mundo natural y su ser autónomo puesto que, los nuevos conocimientos están alejados de la problemática existencial que pueda experimentar. Estas estrategias están basadas en el control, vigilancia y evaluación para diagnosticar lo que debe hacer en función del sistema productivo, no de su experiencia personal.

Valera afirma que se han dado unas pedagogías a lo largo de la historia que responden a la comprensión de un sujeto histórico concreto, por lo que los presupuestos pedagógicos han venido cambiando constantemente. La disciplina psicológica, pasando por la correctiva (1992), han sido las tendencias en que tanto el estudiante como el maestro se conciben en su posición. En la época moderna se concibe la pedagogía como el “ordenamiento tanto de lo macrocósmico como de lo microcósmico” (Varela, 1992, p. 12) haciéndolo un ser que busca su propia libertad y autonomía para que se adapte al ritmo de una sociedad productiva. En este sentido, la labor del maestro consistía en controlar y disciplinar.

Las pedagogías en la experiencia vital del ser humano

La pedagogía disciplinaria busca la producción social del individuo, el disciplinamiento de los saberes y formar un sujeto para producir, no autónomo sino totalmente dependiente, lo que implica que el saber pasa a un segundo plano, porque interesa es el resultado medible, cuantificable y que genere créditos. El castigo tiende a ser moral, no físico, se utilizan uniformes y mecanismos de control.

Las pedagogías correctivas parten del hecho que es necesario corregir los errores del estudiante teniendo en cuenta la circunstancia histórica del educando, puesto que es allí donde podrá transformarse a sí mismo y a su entorno. Esto implica que haya una reconducción y no un castigo, en la medida que el centro de comprensión de la pedagogía es la autoeducación, la concentración, la perseverancia y la autodisciplina. En este sentido, siguiendo a Noguera, la pedagogía y la didáctica, como disciplinas de la educación, son las que han acompañado al proceso de apropiación por parte del ser humano de sí mismo y de su realidad. Se busca, en palabras de Saldarriaga, que el individuo pase de ser sumiso a ser autónomo, gracias a los saberes específicos que debe tener el estudiante para que su espacio y su tiempo le sean similares para la comprensión y transformación de su mundo, pues se debe evitar la dualidad de lo experimentado en clase, en relación con la vida real que desarrolla cada estudiante (Saldarriaga, 2002). Quizás este es uno de los grandes aportes que Montessori trae para la escuela nueva y de ahí para todo pedagogo, porque en su subjetividad, en su identidad ha de ser el puente entre la vida cotidiana y el aula de clase, es decir, él ha de concebirse como el que lleva a sus estudiantes a que conciban la calle como un libro de aula y ésta ilumine transformándola, ya que pensando desde el niño y su mundo vital, sólo así se podrá hacer una profilaxis de la sociedad, a través de la conducta por medio de instrumentos psicológicos (psicometría).

En este modelo, el cuerpo y la higiene tuvieron una gran importancia, ya que así la sociedad tendrá una mayor posibilidad de avanzar en presentación, autoidentidad hasta en reconocimiento de sí mismo en su historia y su cultura. El papel e identidad del maestro se reduce porque el objeto de estudio es el estudiante, y pasa a ser concebido como funcionario, además que la pedagogía pasa de ser societaria a individualista.

El objetivo fundamental de las pedagogías psicológicas es la producción de la subjetividad que se adapta a un entorno cada vez más plural, diverso y divergente. Por tal razón, el estudiante sigue siendo el actor principal de su propio conocimiento donde el maestro es su acompañante, mostrándole el camino hacia una meta que cada vez se hace más productiva, porque debe aprender a aprender a través de los otros, formándose como seres creativos, empáticos y sociales (Varela, 1992), categorías que favorecen el sistema de mercado.

En la época contemporánea, donde las pedagogías psicológicas se conciben como el paradigma de la educación, donde la pedagogía se sigue entendiendo como lo afirmaba Noguera, en esa tensión entre la ciencia y la práctica, es decir, entre el conocimiento de una disciplina específica y la práctica para transformar la realidad y al mismo sujeto histórico. En esta pretensión, el acto pedagógico reviste de gran importancia puesto que se le pide al pedagogo que se conciba un generador de contextos donde el estudiante se ubique como un sujeto activo y creativo. Así pues, podrá ser un ciudadano integral que participa del colectivo social, respetuoso del multiculturalismo, aceptando la diferencia.

En esta medida, el sujeto histórico al que se enfrenta el pedagogo, debe ser formado teniendo presente que es un universo humano en sí, que puede transformar su entorno, su cultura y constituir, simultáneamente, nuevas formas de cultura, para que pueda construir una nueva sociedad pluralista, democrática y en la que la atomización de los saberes se vea reconducida hacia una búsqueda inteligente de la totalidad, en que la parte se halle incluida en ella. Así el pedagogo tendrá en su razón de ser y estar en la sociedad como un sujeto que le brinda horizontes de posibilidad al estudiante, de tal forma que entienda su ser ahí y su entorno para transformarlo hacia una sociedad más humana, demasiado humana.

Conclusiones

El acto educativo mediado por un saber pedagógico que transforme hacia una mayor humanización de una sociedad ha de ser, en todo momento, la misión del maestro, pues su formación le permite ser competente en generar espacios de interacción y comprensión de significados que interpretan recíprocamente sus actos propios y los del estudiante, con el ánimo de hacer un proceso de reingeniería social desde la cotidianidad misma. Bajo este presupuesto

de interpretación se comprenden las máximas que Saldarriaga simboliza y sintetiza, lo que históricamente ha sido de la relación maestro-estudiante-sociedad: “el hombre será lo que sean sus maestros”, “la sociedad será lo que sean sus maestros” y “el ciudadano será lo que sean sus maestros” (Saldarriaga, pp. 4-5). Así pues, hombre, sociedad y ciudadano son categorías que la pedagogía ha ido detallando para definir su razón de ser de acuerdo con la época histórica en que se reflexionó acerca del acto educativo y su misión. Sin embargo, en el ciudadano se concentran las anteriores categorías, en vista que ésta revista de connotaciones sociales, políticas, psicológicas y culturales, puesto que el mundo de hoy exige personas competentes para comprender al otro en pro de la transformación de la sociedad a través de mediaciones como la comunicación, la emoción y la razón. Este ciudadano es la meta a la que debe encaminarse todo acto educativo, puesto que la sociedad actual exige que el conocimiento tenga un grado de aplicación y sentido para la existencia y experiencia vital del ser humano, es decir, que sea del todo significativo y que responda a los problemas concretos.

Por último, el maestro pedagogo ha de formar, reformar y transformar mediante sus actos, al ser humano, de tal forma que éste se entienda desde sí mismo en el nuevo conocimiento. Estableciendo una relación entre la misión del maestro en el mundo universitario, de cara a su función social, el maestro Guillermo Hoyos afirma que la universidad que define como revolucionaria, debe ser la “cantera de los revolucionarios o por lo menos del cambio social y caja de resonancia de los conflictos de la época” (1998, p. 17), lo que quiere decir que debe ser el contexto en el que se genera una nueva sociedad, entendiendo que ella es expresión del marco cultural en que se halla y, a su vez, brindar nuevas pautas de progreso y perfeccionamiento de esa cultura. Esta misión sólo será desarrollada en su plenitud por el maestro pedagogo y no solamente por el profesional experto en su saber, además que el mundo de hoy exige profesionales competentes en otras habilidades divergentes a su profesión y complementarias a su desempeño laboral.

La educación puede experimentar lo que Guillermo Hoyos habla de los modelos de la universidad, en cuanto a su misión de formar para transformar la realidad humana. Afirma que

En efecto, ni la universidad modernizante que redujo muy afanadamente la modernidad a mera modernización, ni la revolucionaria que en su fundamentalismo no pudo diseñar alternativas políticas de cambio, ni la narcisista que todavía no logra reencontrarse con el país real, ni

la neoliberal que sigue buscando un futuro al final de la historia, han podido relacionarse con la sociedad civil, con esa de carne y hueso a la que pertenecemos y a la que de todas formas se debe la universidad del progreso, la del cambio, la de la excelencia y la de la política (Hoyos, 1998, p. 17).

En el acto educativo, el maestro desde su subjetividad debe comprender su misión de maestro en cuanto formador, de tal manera que sus estudiantes hallen en él un modelo coherente de estar en el mundo, pues sólo así el conocimiento cobrará algún tipo de sentido para el estudiante de esta época posmoderna. Ese saber pedagógico será el que posibilite que la ciencia cobre sentido y veracidad ante la realidad del estudiante. Más aún, ha de buscar en ese acto una *racionalidad comunicativa*, donde haya un esfuerzo por comprender el contexto, tradición y ambiente vital del otro sin prejuzgar su concepción del mundo (Hoyos, 1998) y en el que la sociedad se base en la inclusión, la justicia, la equidad y el respeto a la norma, y así la identidad del maestro será reivindicada no por su poder social, sino por su disposición a cumplir su reto, transformar la humanidad.

Referencias bibliográficas

- Hoyos, G. (1998). *El Ethos de la Universidad*. En: Revista UIS-Humanidades, Vol. 27, No. 1, Enero-junio, Bucaramanga.
- Noguera, C. (2012). *El Gobierno Pedagógico. Del arte de educar a las tradiciones pedagógicas*. Siglo del Hombre Editores, UPN
- Saldarriaga, O. (2002). *Oficio de maestro, saber pedagógico y prácticas culturales en Colombia, 1870-2002*. En: Revista Javeriana. Vol. 6. No. 12. Versión online <http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/memoyso-ciedad/article/view/7750>
- Varela, J. (1998). *Categorías espacio-temporales y socialización escolar: del individualismo al narcisismo*. En: Revista de Educación, Universidad Complutense, Nro. 298.